

REFLEXIONES DE PLUTARCO Y DE DIÓN DE PRUSA SOBRE LAS CIUDADES GRIEGAS DEL ESTE Y SU RELACIÓN CON ROMA

Mercedes López Salvà

Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

This paper tries to show through a selection of texts from Plutarch and Dio Chrysostomus how both authors—who kept up an excellent relationship with Rome—advised the greek cities to arrive at an under-standing position with Rome without renouncing to their rightful claims for independence and so they exhorted them to exert mutual solidarity and self-government.

La vida y la obra de Plutarco¹ y la de Dión², apodado el Crisóstomo, son espejo de la historia de su tiempo. Uno y otro vivieron su juventud bajo el imperio de los Claudios, su madurez bajo el de los Flavios y conocieron a Nerva, Trajano y Hadriano. Plutarco, griego de Queronea, y Dión, natural de Prusa (actual Bursa), ciudad griega del este, se sintieron siempre muy ligados afectivamente a su ciudad natal, lo que no fue óbice para que viajaran por otras ciudades del imperio, se formaran en ellas y entablaran relaciones de trabajo y de amistad con sus gentes. Nacieron ambos en la primera mitad de los años 40 en familias distinguidas, recibieron una esmerada educación y participaron activamente en los avatares políticos de su época. Frecuentaron los círculos de la élite política de Roma y tuvieron incluso trato con algunos emperadores. Plutarco recibió de Trajano los *ornamenta consularia*. También Dión, que como su padre y su madre había recibido la ciudadanía romana, fue invitado por Trajano a Roma a pronunciar su discurso IV *Sobre la Realeza*. Plutarco visitó algunas ciudades griegas del este y Dión pronunció discursos en muchas

¹ Cf. K. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia*, Stuttgart, 1964² (RE XXI 1951, cols. 636 ss.), R. VOLKMAN, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeroneia*, 2 vols., Berlin, 1867-69 y C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.

² Cf. H. von ARNIM, *Leben und Werke des Dio von Prusa*, Berlin, 1898; C. P. JONES, *The Roman World of Dio Chrysostom*, Cambridge, 1978 y P. DESIDERI, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'imperio romano*, Messina, 1978.

de ellas ofreciendo consejo político a sus ciudadanos. La vida y la obra de estos dos autores es, en efecto, un reflejo de cómo los griegos de la época imperial con una cierta posición económica, social y cultural tenían acceso al aparato gubernamental romano. Roma, al intervenir en las ciudades griegas, se apoyó en las minorías dirigentes de esas ciudades, que ejercían el control sobre ellas en beneficio propio y de los romanos, pues les era dado a esos aristócratas locales prosperar, siempre y cuando no intentaran sobrepasar los límites impuestos más o menos tácitamente por Roma.

Sucedió que después de los abusos de poder de los últimos monarcas helenísticos, algunas ciudades griegas volvieron sus ojos a Roma. Plutarco³, que admiró a Alejandro, tuvo, en cambio, un pobre concepto de los monarcas helenísticos⁴. Les critica su ambición desmedida, su afán de poder y su vulgaridad⁵, y los compara a estatuas colosales con apariencia divina pero que en realidad no son sino plomo y piedra⁶. Frente a esta situación heredada de las monarquías helenísticas, Plutarco se muestra satisfecho con la *pax romana* y piensa que gracias a Roma se introdujo un cierto orden y estabilidad en el mundo. Así, dice: «Las mayores fuerzas y poderes humanos se movían al azar y entraban en colisión porque nadie dominaba, aunque todos lo deseaban. El movimiento, el extravío y el cambio de todas las cosas y personas era irremediable, hasta que Roma creció y se fortaleció y anexionó a ella no sólo sus pueblos y gentes, sino también a extranjeros y reinos de allende los mares. Así, sus asuntos más importantes tuvieron estabilidad y seguridad, y su dominio, sin tropiezo, la llevó a un ordenado y único ciclo de paz»⁷. Pero Roma no sólo introdujo seguridad y estabilidad en un mundo caótico sino que garantizó una cierta participación en el poder, concedió a los habitantes más distinguidos de las *poleis* griegas la ciudadanía romana y les permitió entrar en el *cursus honorum* hasta alcanzar incluso la dignidad senatorial. Plutarco nos habla de las ambiciones políticas de personas procedentes de Quíos, Galacia y Bitinia⁸, y afirma en su obra dedicada a Menémaco, dirigente de Sardes, que los romanos concedieron una cierta libertad a las ciudades griegas, y que si no les dieron más tal vez fuera porque no les convenía, y les recuerda a este propósito la enemistad entre sus paisanos Pardalas y Tirreno, que cristalizó en guerras intestinas y la posterior ocupación de

³ En su compendio de *Máximas de Reyes y Generales* es de Alejandro de quien mayor número de anécdotas relata en un total de treinta y cuatro (cf. *Moralia* 179D-181F) y le dedica los discursos I y II de *Sobre la Fortuna o Virtud de Alejandro* (*Mor.* 326D-345B).

⁴ C. AALDERS, *Plutarch's Political Thought*, Nueva York, 1982, p. 22-25.

⁵ Cf. *Vida de Pirro*, 12,3 y *Mor.* 56 F.

⁶ *Mor.* 779F-780A.

⁷ *Ibid.* 317B.

⁸ *Ibid.* 470C.

Roma⁹. Plutarco acepta, pues, el nuevo orden impuesto por los romanos y propugna —lo mismo que Dión— una relación de concordia entre Grecia (y al decir Grecia incluyo también las ciudades griegas del Mediterráneo Oriental) y Roma¹⁰. Tal vez en esta aceptación del orden romano de un griego como Plutarco, subyazga la admiración por la idea de la unión de la humanidad que animó a Alejandro a emprender sus campañas para fundar un imperio universal. Efectivamente, el imperio romano, con la unificación que estaba llevando a cabo, era lo que más se aproximaba a la idea de unidad del cosmos que un día soñó Alejandro. Con la paz de Augusto se había abierto una nueva era.

El hecho es que en este momento de la historia y después de la experiencia negativa de las monarquías helenísticas, Plutarco aconseja a los griegos la cooperación con Roma. Pero una lectura detenida de los ensayos políticos de Plutarco nos ha dejado la impresión de que la actitud del queronense hacia Roma no es la de una admiración sin ningún tipo de reservas. En los consejos políticos que da a los dirigentes de Sardes les recuerda que, aunque sean gobernantes de una ciudad, no son en realidad más que «unos subordinados controlados por procónsules, procuradores de César», y les dice que aquella ciudad ya «no es la antigua Sardes, capital del célebre imperio lidio». Y aún añade que no deben sentirse orgullosos de su corona, viendo como ven que las botas de los romanos están sobre su cabeza¹¹. Piensa, no obstante, que lo mejor para los griegos es una buena relación con Roma y aconseja a los dirigentes de las ciudades griegas que entablen amistad con romanos influyentes con vistas a obtener de ellos más apoyo para sus ciudades¹². No otra cosa, dice Plutarco, hicieron Polibio y Panecio, lo mismo —podemos añadir— que hicieron Dión y Plutarco. Y aún ofrece otro ejemplo de este comportamiento a su amigo de Sardes: cuando César, dice, tomó Alejandría tuvo una conversación con el filósofo Areo, uno de sus cautivos, y tan agradable impresión le causó al monarca, que decidió perdonar a la ciudad. Plutarco fundamenta su apoyo a esta actitud de diálogo en el hecho de que procura una relación de igualdad y de justicia, básica para cualquier tipo de amistad y

⁹ Ibid. 824C-D.

¹⁰ Cf. G. W. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Oxford, 1965; id., «Greek Intellectuals and the Imperial Cult in the Second Century A. D.» en *Le culte des souverains dans l'Empire Romain* (Entretiens sur l'Antiquité Classique XIX), Vandoeuvres — Ginebra, 1973, p. 177-206; B. FORTE, *Rome and the Romans as the Greeks saw them*, 1972 y J. PALM, *Rom, Römertum und Imperium in der griechischen Literatur der Kaiserzeit*, Lund, 1959.

¹¹ *Mor.* 813 F: δεῖ καὶ τῷ στεφάνῳ μὴ πολὺ φρονεῖν μηδὲ πιστεύειν, ὁρῶντα τοὺς καλπίους ἐπάνω τῆς κεφαλῆς; cf. J. H. OLIVER, «The Ruling Power», *Transactions of the American Philosophical Society*, XLIII, 1953, p. 958.

¹² *Mor.* 814C.

de concordia política¹³. El propio Plutarco se jacta de haber usado su influencia con los romanos en beneficio de las ciudades griegas y urge a Menémaco a hacer lo propio por el bien de Sardes. Le aconseja, en efecto, no oponer resistencia frontal a los muy poderosos si no quiere que su ciudad corra suerte pareja a la de Pérgamo bajo el imperio de Nerón, a la de Rodas con Domiciano o a la de Tesalia con Augusto, y le recomienda que tenga la suficiente habilidad para entrar al servicio de Roma en calidad de embajador y amigo, antes que ponerse a sí mismo y a su pueblo en terribles peligros por causa de la enemistad política¹⁴. Plutarco apuesta, pues, por la intersubjetividad del diálogo y por el pacto frente a la obstinación en posturas empecinadas, ya que piensa que esto era lo más ventajoso en esos momentos de la historia para las ciudades griegas. Ahora bien, también advierte a su amigo de Sardes que si los responsables de las ciudades griegas deben tratar con respeto y obediencia a su soberano, no deben en ningún momento humillarse ante él ni darle dentro de su vida política mayor protagonismo del que ya tiene. Y anima a los griegos a que sean capaces de dirimir sus propias cuitas, pues dice: «Quienes consultan todo tipo de decisiones al soberano, le fuerzan a adoptar sobre ellos una actitud aún más hegemónica de la que quiere». Y consecuencia de esto, continúa Plutarco, es que «el consejo, el pueblo, los tribunales y todo el gobierno pierde su autoridad»¹⁵. Según testimonio de Pausanias (VII 17,4), cuando Vespasiano revocó la libertad concedida a los griegos por Nerón, lo justificó diciendo «que los griegos habían olvidado cómo ser libres».

Las últimas palabras mencionadas de Plutarco revelan diáfananamente que si bien Plutarco mantuvo en general unas excelentes relaciones con Roma, su aceptación del poder romano no estuvo exento de crítica y que en esa aceptación hay algunos elementos básicos que deben tenerse en cuenta a la hora de enjuiciarla: uno, el convencimiento de que los monarcas helenísticos por sus ambiciones personales llevaron al caos y a la miseria los territorios que gobernaron; dos, la política expansiva de Roma era lo que más se parecía a la idea de un gobierno universal propugnada por Alejandro; y tres, la política de concordia y amistad con Roma era la que más favorecía a las ciudades griegas. De cualquier modo, debe subrayarse que Plutarco siempre aconsejó a las ciudades griegas que mantuvieran, en la medida de lo posible, su propia independencia y que no entregaran sus asuntos a poderes ajenos a ellas.

¹³ Ibid. 814E; cf. A. D. MACRO, «The Cities of Asia Menor under the Roman Imperium» en *ANRW* VII, 2, 1980 p. 659-697.

¹⁴ Cf. *Mor.* 815D y 602C, 793D, 804E, 805A, 808B, 812E, 814CE, 816CD y 819A.

¹⁵ Ibid. 814F: ἐκ τούτου δὲ καὶ βουλὴ καὶ δῆμος καὶ δικαστήρια καὶ ἀρχὴ πᾶσα τῇν ἐξουσίαν ἀπόλλυσι.

Nos asomaremos a continuación, a través de los textos del prusense, a la vida cotidiana de ciudades griegas del este, como Tarso, Apamea, Prusa, Nicomedia, Nicea, Rodas y Alejandría, para ver cómo vivían su relación con Roma en los dos primeros siglos del Imperio¹⁶.

Comencemos por Alejandría. Dión se dirige a los alejandrinos en un discurso pronunciado, según C. P. Jones¹⁷, en época de Vespasiano. En él hace un llamamiento a la seriedad y responsabilidad de los habitantes de esa ciudad, a quienes caracterizaba el temperamento alborotador y alegre, su facilidad para reír y tomarlo todo a broma, y su gusto por la diversión y los espectáculos, en especial por los conciertos de cítara y las carreras de caballos. Les aconseja que sean ellos mismos quienes se procuren lo necesario y que no recurran a Roma en períodos de escasez: «Siempre estáis de buen humor —les dice— y sois aficionados a la risa y a la danza. Sólo que cuando tenéis sed no os brota espontáneamente el vino de una piedra o un valle ni podéis conseguir leche y miel escarbando la tierra con la punta de los dedos. Ni siquiera el agua os llega hasta aquí por sí misma, ni por supuesto disponéis de pan a discreción sino que lo recibís de manos de vuestros superiores. De modo que ya es hora de que os dejéis de vuestras bacanales y os dediquéis más a vosotros mismos» (XXXII 59). También evoca con disgusto al monarca que por prestar sólo su atención a la cítara dejó perder la libertad de la ciudad¹⁸ y alaba a los gobernantes actuales, si bien con un punto de resquemor, pues a causa del comportamiento de los alejandrinos han incrementado la vigilancia en la ciudad. Alejandría disfrutó del favor de Nerón, quien compartía con los alejandrinos la afición por las carreras de caballos, la citarodia y las francachelas. También Vespasiano estuvo en una época de prosperidad, coincidente con la crecida del Nilo, en la ciudad de Alejandría y se cuenta que incluso recibió los favores del dios Sarapis, quien llegó a efectuar sus milagros —se dice— a través de la persona del emperador. Posteriormente Vespasiano cargó con impuestos a los ciudadanos de Alejandría y el emperador pasó a ser el blanco de las mofas y bromas de los dicharacheros habitantes de la ciudad.

A las formas alborotadas y bullangueras de los alejandrinos opone Dión la moderación y elegancia de modales de los rodios. En Rodas no se corre por las calles e incluso se reprende a los extranjeros que caminan desgarbadamente, y por ello los rodios tienen buena fama y una excelente reputación (XXXII 52). Rodas, por su situación geográfica, gozó siempre de

¹⁶ Cf. A. H. M. JONES, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, Oxford 1971² y D. NORR, *Imperium und Polis in der hohen Prinzipat*, Munich, 1976.

¹⁷ *The Roman World of Dion Chrysostom*, Cambridge, 1978, p. 36.

¹⁸ DION, XXXII, 71. Hace mención a Ptolomeo XI, quien recibió el sobrenombre de αὐλητής.

una extraordinaria actividad comercial y de prosperidad. En el año 220 aC era el centro más importante de banca y crédito del mundo griego y realizaba operaciones de gran alcance. Llegó a ser la primera ciudad del mundo civilizado. Por Polibio sabemos que el vino era el principal artículo del comercio rodio. Lo certifica la cantidad de ánforas con estampillas rodias que se encuentran en los museos arqueológicos. Pero sobre todo fueron célebres los rodios por su Constitución. Según testimonio de Estrabón (XIV 2,5) consiguieron arbitrar un sistema que corregía los grandes desniveles económicos entre las clases dirigentes y las económicamente más débiles. A su Constitución hace también referencia Dión cuando les dice que «con razón pueden sentirse orgullosos de sus leyes y de su buen gobierno» (XXXI, 146-7), y en otro lugar afirma que en Rodas «se reunían a deliberar todos los días y no como otros, de tiempo en tiempo, y sólo algunos de los que eran considerados ciudadanos libres» (XXXI, 4). Incluso añade que muchos «reconocen que es envidiable el bienestar de vuestra ciudad» (XXXI, 107).

También la marina rodia fue la mejor organizada de todo el Mediterráneo. Gracias a ella dominaron la piratería por mar de los pueblos cretenses¹⁹. Después de la batalla de Accio, el joven César canceló las deudas de las ciudades con Roma. Y Rodas, según afirma Dión, fue la única ciudad que en un gesto de dignidad declinó este privilegio, gesto que es alabado por nuestro autor (XXXI, 67-8). Pero el tema central del discurso a los rodios es una reprimenda de Dión a los de Rodas por su costumbre de reutilizar estatuas cambiando sólo la inscripción para honrar a personajes ilustres o benefactores. Este hecho le parecía a Dión una falta de delicadeza hacia la persona en cuyo homenaje se había erigido la estatua. Y a raíz de esta costumbre trae a colación el comportamiento de Nerón en Rodas, quien —dice Dión— tras llevarse las estatuas de Olimpia, Delfos y de la Acrópolis de Atenas, dejó, en cambio, las de Rodas en señal de benevolencia y respeto a la ciudad (XXXI, 148-150). Refleja este hecho la actitud favorable de Nerón hacia Rodas, al menos hacia sus clases dirigentes que serían, suponemos, las honradas con las estatuas. El emperador Nerón en su filohelenismo concedió libertad a la ciudad y la liberó de impuestos, libertades que fueron canceladas de nuevo por Vespasiano. Dión apela varias veces al origen helénico de los rodios²⁰ y afirma que en la actualidad son los únicos griegos que pueden demostrar haber llegado a ser un pueblo importante y les exhorta a que por envidias, insensateces y rivalidades no se abandonen a sí mismos como hicieron sus antepasados y

¹⁹ Cf. M. ROSTOVITZ, *Historia social y económica del mundo helenístico*, t. II, Madrid, 1967, p. 855 s.

²⁰ DIÓN, XXXI, 18, 55, 117, 157-163; cf. J. TOULOMAKIS, *Zum Geschichts-bewusstsein der Griechen in der Zeit der römischen Herrschaft* (tes. doc.), Gotinga, 1971.

llamen «amos» a otros (XXXI, 19). Les exhorta también, como hacía Plutarco con los de Sardes, a que en lo posible mantengan su independencia, y así les dice: «La posibilidad que a vosotros os queda, creo yo, es ponerse al frente de vosotros mismos, administrar vuestra ciudad, honrar y aplaudir a alguien de manera especial, asistir a las deliberaciones del consejo, actuar como jueces en los tribunales, ofrecer sacrificios a los dioses y organizar fiestas. Pues en todas estas actividades es posible que os manifestéis como los mejores de todos» (XXXI, 162). Y en otro lugar alude con cierto tono crítico a la excesiva preocupación de los rodios por halagar a los romanos, lo que demuestra que los rodios de la época de Dión eran conscientes de hasta qué punto dependía de sus buenas relaciones con Roma su vigilada libertad y su bienestar social²¹.

También Dión se dirige a otras ciudades de menor importancia que Rodas y Alejandría. En su provincia de Bitinia²² habló a los de Nicomedia (Izmit) y a los de Nicea (Iznik) y, naturalmente, a los de Apamea y a los de Prusa. Como suele suceder entre ciudades de rango similar, surgían en ellas rivalidades por una cierta primacía política o comercial²³. Así, mientras Nicomedia fue considerada siempre «metrópolis» de la provincia, Nicea recibía el título de «primera ciudad»; pero cuando Domiciano decidió conceder a Nicomedia el título de «primera», la polémica y la rivalidad por el título quedó planteada²⁴. Aquí la postura de Dión fue clara. En Nicomedia hace ver a sus habitantes los muchos vínculos de amistad, familiares, comerciales, etc., que los unían con los de Nicea. Les explica la insensatez que supone enemistarse por un mero título, por un simple nombre (περὶ ὀνόματος αὐτὸ μόνον ἐστὶν ὑμῶν ἢ μάχη) y les exhorta a que no se dejen manipular ni enemistar, a causa de su vanidad, por los gobernantes romanos, sino que se preocupen de todo el pueblo de los bitinios y concedan de buen grado su ayuda a quien se la solicite. «Esto —les dice— es lo que os ofrecerá la verdadera primacía» (XXXVIII, 33). Intenta también persuadirles de que la unión de estas dos ciudades les conferirá a las dos mayor poder y más beneficios, un mejor control sobre ellas, a la vez que conseguirán que los gobernadores provinciales tengan mayor cuidado en caso de que quieran cometer alguna tropelía. Y «¿es posible —les apostrofa— que no os déis cuenta de que con vuestras rencillas aumentáis el poder de quienes os gobiernan?» (XXXVIII, 36). Y les advierte que con su comportamiento lo único que consiguen es que los ro-

²¹ DiÓN XXXI, 32, 33, 112-114.

²² Cf. B. F. HARRIS, «Bithynia: Roman Sovereignty and the Survival of Hellenism» en *ANRW* VII, 2, 1980, p. 857-899.

²³ Cf. F. GASCÓ, *Ciudades griegas en conflicto (S. I-III dC)*, Madrid, 1990.

²⁴ Cf. L. ROBERT, «La titulature de Nicée et de Nicomédie: la gloire et la haine», *HSCP* 81, 1977, p. 1-39.

manos les traten como a niños, a quienes se ofrecen pequeñeces en lugar de cosas de valor. Así les habla: «En vuestro caso, en lugar de justicia, en lugar de la libertad de vuestras ciudades, en lugar de no expoliaros y quitaros lo que es vuestro, en lugar de no insultaros y de no cometer violencia con vosotros, vuestros gobernantes os ofrecen títulos y os llaman «los primeros», ya sea de palabra o por escrito. Y por este hecho quedan, por lo demás, impunes al trataros como a los últimos» (XXXVIII, 37). Y, aún más, les dice que así se convierten en objeto de risa para los romanos y, lo que aún es más humillante, que los romanos califican esta conducta de «errores griegos» (ἐλληνικά ἁμαρτήματα, XXXVIII, 38). Se vuelve a demostrar en estos textos el orgullo de Dión por la helenidad de las ciudades del este y el recelo o la reserva que sentía él, ciudadano romano, ante el poder de Roma.

Con argumentos muy semejantes se dirige también Dión a las vecinas ciudades de Prusa y Apamea para que superen, en virtud de los múltiples lazos que las unen, sus conflictos recíprocos²⁵. Tanto Apamea como Prusa tenían el privilegio de celebrar los juicios en su propia ciudad. Para Prusa fue éste un privilegio que consiguió Dión del emperador Trajano. «Se considera de la mayor importancia para la solidez de una ciudad, afirma Dión, el tema de los juicios y todos se interesan por ellos más que por ninguna otra cosa» (XXXV, 17); y de los de Apamea habla en los siguientes términos: «Los juicios se celebran en vuestra ciudad a lo largo del año y se reúne una multitud inmensa de hombres: reos, jueces, oradores, gobernantes, servidores, esclavos, bujarrones, arrieros, comerciantes, cortesanas y jornaleros. De modo que los que llevan mercancías las venden al mayor precio y nada hay inactivo en la ciudad... Pues donde se congrega una gran cantidad de gente, necesariamente se produce allí muchísimo dinero y es lugar apto para prosperar» (XXXV, 15-16). A ambas ciudades, que tenían conflictos en su relación, les aconseja que depongan sus diferencias y apuesten por la paz y la concordia; pues «cualquier tipo de amistad —les dice— es siempre más útil y mejor para la gente sensata que una enemistad, no sólo en el ámbito privado, en las familias, sino también en el público, entre las ciudades» (XL, 26). Y una vez más, al dirigirse a los de Prusa les vuelve a recordar que nada de lo que ocurre en la ciudad pasa inadvertido a los procónsules y que todos sus errores les son referidos (XLVI, 14), con lo que facilitan la intervención nunca deseada de las autoridades romanas en la ciudad.

Ofrece también datos muy interesantes sobre la vida política de las ciudades del este y de su relación con Roma el discurso que Dión dirigió a

²⁵ Cf. A. BRAVO, «Notas sobre el tema de la concordia en Dión de Prusa», *Habis* IV, 1973, p. 81-92 y A. R. SHEPARD, «Homonoia in the Greek Cities of the Roman Empire», *Anc. Soc.* 15-17, 1984-1986, p. 229-252.

los habitantes de Tarso. Tarso se asienta en una fértil llanura de Cilicia; emerge tras las Puertas Cilicias y siempre ha estado unida por carretera con las ciudades de la costa sur y con Siria; es atravesada por el río Cidno que la comunica con el Mediterráneo. Fue Tarso una ciudad próspera, residencia de reyes y sátrapas persas; allí estuvo el emperador Augusto, quien la favoreció muy especialmente por haberle prestado su ayuda en las guerras civiles de Roma. Pero a principios del s. II, Tarso comenzó a tener problemas que, al decir de nuestro autor, procedían de tres frentes: de las ciudades vecinas, de su entramado social y de su relación con los gobernadores de Roma. Tarso, en efecto, tuvo problemas con su vecina ciudad de Egas (Ayas); con la ciudad de Solo (Pompeyópolis); con Adana; y, sobre todo, por cuestiones fronterizas y de reivindicación de tierras, con la ciudad de Malo, situada al sureste de Tarso, en la ribera del río Pirino. Cuando Dión, ante esta situación, se dirige a los de Tarso, les aconseja que no se inquieten en demasía por lo de Malo, les exhorta a una actitud de generosidad y a que les concedan todo lo razonable; al fin y al cabo, les dice, «jamás la ciudad de Malo será mayor que la de Tarso». Y aún añade que lo más conveniente sería enviarles emisarios y reprenderlos de palabra, «pues esto es lo propio de hombres sensatos, mientras que el excitarse más de la cuenta, el recurrir a la autoridad y sentirse víctima de un insulto es más bien propio de pequeños burgueses», les dice²⁶. En otras palabras exhorta también a los de Tarso a que sean ellos mismos sus propios jueces, que procuren solucionarse sus problemas y que inicien una política de amistad y concordia con la ciudad vecina y, aún más, respecto a este tema añade: «Si los habitantes de Egas están reñidos con vosotros, o los de Apamea con los de Antioquía, o para ir más lejos, si los de Esmirna están contra los de Éfeso, lo que hacen es discutir por la sombra de un asno, porque lo que es presidir y dominar es cosa de otros» (XXXIV, 48). Tarso fue una ciudad conflictiva. Tenía fama por su afición a los pleitos y litigios. Y era una ciudad con tensiones sociales, tanto entre las distintas clases como entre los miembros de un determinado *status*. Incluso Dión exclama: «Me parece que no podría encontrar ni siquiera a dos hombres que pensarán lo mismo en esta ciudad» (XXXIV, 20). Y se hace eco de las discrepancias que también existían en el Senado, en el Consejo e incluso en la Asamblea. Dión, cuando pronunció este discurso, les exhortaba a desembarazarse de sus ambiciones personales y de sus privilegios particulares y a dirigir su acción hacia el bien común. Aconsejaba a los ciudadanos que consideraran como tales a todos los que habían nacido en la ciudad, aunque fueran pobres y que los integraran en el quehacer comunitario. No hay nada más nocivo para la ciudad, les dice Dión, que marginar a determinados grupos sociales (tejedores), ni nada que provo-

²⁶ Cf. XXXIV, 46: καὶ νομίζειν ὑβρίζεσθαι μικροπολιτῶν μᾶλλον ἀνθρώπων ἐστίν.

que más la rebelión y la discordia (XXXIV, 22). Asimismo critica a los dirigentes oligárquicos de la ciudad, quienes «se ponen a hacer política apoyados pura y simplemente en sus riquezas o en las de su familia... sin conocer nada de lo que es necesario... e incapaces incluso de administrar una aldea como es debido». También critica a aquellos otros políticos cuya única preocupación es la de «reunir palabras» con tal de «lograr fama y honra para tener más que los demás y conseguir coronas, presidencia y púrpuras» (XXXIV, 29) pero «no precisamente para buscar el interés de la ciudad» (XXXIV, 35). También plantea el prusense otro tema que fue fuente de conflictos para los de Tarso: sus relaciones con el gobernador de Roma. En este asunto muestra Díón una gran cautela. Les aconseja que no estén dispuestos a aguantarlo todo ni a permitir que las autoridades les manejen. Tampoco deben tener una disposición como para no aguantar nada ni esperar que les vaya a llegar un Minos o un Perseo que resuelva todo con exquisita imparcialidad, pues «el renunciar totalmente a ayudarse a sí mismo es propio de esclavos» (XXXIV, 38-39). No obstante, les recomienda que vuelvan a cuidar las buenas relaciones con el emperador aunque a reglón seguido añade: «Que nadie piense que digo estas cosas para exhortaros a que lo soportéis y lo sufráis todo sino que os hablo así para que, conscientes de vuestra situación, toméis las decisiones más acertadas» (XXXIV, 25-26). Díón se daba cuenta de que los gobernadores de las provincias más alejadas de Roma tenían cierta tendencia a abusar del poder. Tarso, por dos veces en poco tiempo, denunció a su gobernador y consiguió que lo procesaran por su violencia en el ejercicio del poder. Reconoce Díón que este hecho resultó provechoso tanto para Tarso como para otras ciudades y alaba el coraje de los ciudadanos que lo denunciaron, pero también reconoce que hechos como éstos hicieron odiosa la ciudad ante las autoridades romanas y granjearon a los de Tarso la fama de «personas intratables» y «amigas de pleitos» (XXXIV, 9). En otro lugar alude Díón a medidas violentas tomadas por el gobernador cuando les dice: «recientemente vosotros, exasperados con la idea de que érais tratados como inferiores, hicisteis una manifestación y él se sintió obligado a escribir una denuncia en un momento de ira y a hacer lo que antes jamás había hecho» (XXXIV, 15). Es probable que Díón se esté refiriendo a destierros o a condenas a la pena capital dictadas contra quienes se manifestaron contra él. Por eso, les aconseja cautela y que lo piensen bien antes de denunciar a alguien y les dice, además, que, problemas con el gobernador, casi todas las ciudades griegas los tienen, pero que si deciden cesar a alguien que se hagan a la idea de que ese personaje se convertirá en su enemigo y que conspirará contra ellos; y con una imagen les invita a una meditada reflexión antes de decidir. Dice así: «Con esto pasa, creo yo, como con esas cargas que llevamos, que, si pesan mucho y no podemos soportarlas, tratamos de soltarlas lo más rápidamente posible, pero si nos sentimos sólo modera-

damente incómodos y vemos que es preciso llevar esa carga u otra mayor, miramos la manera de hacerla lo más ligera posible» (XXXIV, 41).

Ahora bien, si Dión estuvo implicado en la política activa de alguna ciudad, esa ciudad fue Prusa, aunque no siempre con resultados felices, pues sus conciudadanos, en una época de escasez de trigo, le acusaron de que retenía el grano en cantidades importantes para especular con él. Por este motivo intentaron incendiar su casa. También le acusaron de no poner todos sus bienes al servicio de la ciudad. En el discurso XLVI se defiende de estos cargos y dice a sus conciudadanos que no se dejen manipular por los magistrados locales, advirtiéndoles del peligro de la intervención romana. A pesar de esas y otras dificultades, Dión se preocupó siempre por su ciudad y procuró enaltecerla y embellecerla, lo que también le granjeó críticas. La construcción de nuevos edificios debía contar con la autorización del emperador. Cuando Dión volvió del destierro, tuvo el apoyo de Trajano para la construcción de un pórtico y de una nueva ágora. En los discursos XL, XLV, XLVII y XLVIII justifica la realización de estas obras y se defiende de las protestas que originaron²⁷. Por lo que deducimos del discurso L, Dión debió de tener, sobre todo, problemas con ciertos miembros del Consejo de la ciudad, formado por personas de la oligarquía local que no tuvieron reparo alguno en mover al pueblo contra él. «Si vuestros superiores son malos, ¿qué puede uno esperar del resto?», se pregunta en otro discurso (XLVIII, 9). Consiguió también Dión para su ciudad que Trajano la declarara capital de un distrito judicial. Ya vimos, al referirnos a Apamea, el prestigio de las ciudades en las que se celebraban juicios. «Al fin, dice Dión con legítimo orgullo, los prusenses se juzgaron a sí mismos y no ante otros». Amplió también en un centenar los miembros del Consejo. Los nuevos miembros debían pagar a la ciudad una cierta cantidad de dinero por su integración (*summae honorariae*), con lo que contribuyó a una mayor recaudación de ingresos. Otro privilegio imperial que Dión consiguió de Trajano para Prusa fue la acuñación de moneda en la ciudad. Intentó también del favor del emperador, pero esta vez sin conseguirlo, la restitución de las libertades para los prusenses. Dión, en un deseo de emulación y de sana competitividad, quiso hacer crecer la ciudad de Prusa, como también crecían Tarso, Antioquía, Esmirna y Éfeso, o, al menos, que Prusa llegara al rango de ciudades como Nicomedia o Nicea. Consiguió con sus buenos oficios ante el emperador que Trajano promocionara su ciudad. En gratitud, nuestro autor, en sus discursos *Sobre la Realeza*, compara a Trajano

²⁷ Cf. L. VIDMAN, *Étude sur la Correspondence de Pline le Jeune avec Trajan*, Roma, 1972 (= Praga, 1960) y A. N. SHERWIN-WHITE, *The Letters of Pliny. A Historical and Social Commentary*, Oxford, 1966.

con Heracles y con Alejandro Magno, y la imagen que nos lega de él es la del monarca ideal.

Concluyendo, se puede afirmar que Dión, como también hizo Plutarco, siempre invitó a posturas prudentes y moderadas, en las que supo conjugar un sentimiento muy arraigado de filohelenismo –en todos sus discursos late un hondo anhelo de autonomía y libertad– con una conducta pragmática de buenas relaciones con Roma que redundó en beneficio de las ciudades.

Los textos de Plutarco y Dión son, a nuestro parecer, una llamada a la reflexión sobre la importancia de la vida que se desarrolló en las ciudades de la ribera oriental del Mediterráneo, con conflictos a veces entre sí, a veces con Roma porque las gobernaba, pero abiertas también a ella, ya que en muchos aspectos resultaba conveniente a una y otra parte; ciudades que, receptoras de toda la cultura occidental, son el punto de encuentro entre el mundo greco-romano y el Imperio Bizantino, verdadero heredero del legado cultural de las ciudades griegas del este.